

El Evangelio Para los Inconversos

NO. 1389

**SERMÓN PREDICADO EN LA NOCHE,
DEL DOMINGO 19 DE AGOSTO DE 1877,
Predicado una noche libre para visitantes,
la congregación regular ya había dejado sus lugares,
POR CHARLES HADDON SPURGEON.**

***“Ten confianza. Levántate, Él te llama.”
Marcos 10:49***

Queremos que estos servicios abiertos a todo público sean puramente evangelísticos, como ustedes comprenderán. Sin duda tenemos entre nosotros a un gran número de creyentes, muchos de ellos bien establecidos en la fe, a quienes les gustaría oír una exposición de doctrina, la interpretación de un tipo, o un símbolo apocalíptico desentrañado, pero realmente no puedo dirigirme a ellos esta noche. Me siento un poco como Lutero cuando predicaba ante una congregación mixta. Decía hasta donde me acuerdo, palabras como, “Veo en la iglesia al Doctor Justus Jonas y a Melancton, y a otros eruditos doctores. Ahora bien, si predico para la edificación de ellos, ¿qué va a suceder con el resto? Por consiguiente, con permiso de ellos, voy a olvidar que está entre nosotros el Doctor Jonas, y voy a predicar a la multitud.” Así debo hacerlo en esta buena hora, pidiéndoles a aquellos de ustedes que han adelantado en la vida divina que unan sus oraciones a la mía, para que suban de manera continua, para que la palabra del evangelio pueda ser bendecida para los inconversos.

Queridos amigos, hay muchos de ustedes que han estado oyendo durante muchos años la proclamación del Evangelio, en la línea divisoria, casi junto a la tierra de Emmanuel, pero no del todo, que deseo profundamente que esta noche sea el tiempo de su decisión por el Salvador. Que ya no sigan siendo sólo olores, sino que ya sean creyentes sin demora, y después hacedores de la palabra.

Hay caballeros en Inglaterra que se pueden dar el lujo de conducir un gran carruaje de cuatro caballos, de pueblo en pueblo sin llevar a nadie, realizando sus viajes simplemente como pasatiempo. Pero yo no soy capaz ni tengo el deseo de hacer algo parecido. A menos que tenga mi carruaje cargado con pasajeros que van al cielo, preferiría que nunca se pusiera en marcha, y que mi equipo estuviera detenido en el establo.

Debemos llevar almas al cielo, pues nuestro llamado es de arriba, y nuestro tiempo es demasiado precioso para ser desperdiciado en la simple pretensión de hacer el bien. No podemos jugar a predicar: predicamos para la eternidad. No podemos sentirnos satisfechos tan solo predicando sermones a multitudes de personas indiferentes, o a las más atentas muchedumbres.

Aunque nos den la bienvenida con sonrisas al iniciar, y nos saluden con beneplácito al terminar, no estamos contentos a menos que Jesús traiga salvación por nuestro medio. Nuestro deseo es que se engrandezca la gracia, y que los pecadores sean salvados. Solían burlarse del Ta-

bernáculo de Moorfields, y del que está en Tottenham Court Road, llamándolos las trampas de almas del Sr. Whitfield. Un nombre muy excelente para un lugar de adoración; ¡qué así sea este Tabernáculo! Debe ser una trampa de almas, y nos sentiríamos decepcionados en verdad, si algunas almas no cayeran en la trampa esta noche. Mi corazón estaría verdaderamente triste si Dios no bendice la palabra y la hace tan potente que algunos de ustedes se acerquen a la proclamación del evangelio, y entren a la vida eterna.

Antes de intentar ocuparme de mi texto, déjenme describirles el plan de la salvación. Ustedes lo conocen, la mayor parte de ustedes. Oh, que pudiéramos llegar a las miles de personas en Londres que no lo conocen, a las multitudes que nunca entran a una casa de oración o no prestan atención al mensaje del Evangelio. Nuestro corazón está ansioso por llegar a ellos: ¿pero qué más podemos hacer por ellos? Perecen en una ignorancia voluntaria. Damos gracias a Dios porque muchos de ellos están aquí esta noche; voy a aprovechar esta oportunidad para predicar el plan de la gracia.

Aunque muchos de ustedes lo conocen, permítanme repetirlo otra vez. Por el pecado, por la injusticia, por la violación de la ley de Dios, hemos roto nuestra paz con Dios. Estamos perdidos, porque Él debe castigar el pecado. No es posible que Él sea el justo gobernador del universo y que permita que el pecado permanezca sin ser castigado. Castigar el pecado no es un propósito arbitrario de un Dios airado. Es inevitable en el universo que allí donde hay maldad debe haber sufrimiento. Cada trasgresión debe recibir su debido castigo, si no en esta vida, en la vida venidera.

La pregunta es, ¿cómo podemos ser perdonados? ¿Cómo, consistentemente con la justicia divina, pueden ser borradas nuestras iniquidades? Este no es un problema sumamente complicado que se nos ha dado para que lo resolvamos. El camino de Dios para alcanzar la paz es presentado con claridad por la revelación. Dios, por medio de su palabra infalible, nos ha dicho cuáles son los medios y los instrumentos por los que los pecadores culpables pueden ser hechos justos ante Él; y que, en lugar de ser arrojados de su presencia al final, puedan ser aceptados y puedan habitar a su diestra. Él nos dice que, como el primer pecado que nos arruinó no fue nuestro, sino de Adán, y por la trasgresión de un hombre todos caímos, así pudo ser posible que Él, en consistencia con la justicia, ordenara que otro hombre viniera en el futuro por quien nos pudiéramos levantar, y ser restituidos. Ese otro hombre ha venido: “el segundo Adán, el Señor del cielo.”

Pero la tarea de levantar fue mucho más dura que la de derribar. Un simple hombre pudo arruinarnos, pero un simple hombre no podía redimirnos ni rescatarnos. Por consiguiente, Dios mismo, el siempre bendito, se vistió a Sí mismo con la naturaleza del hombre, nació de una mujer, durmió en el pesebre de Belén, vivió aquí en la tierra una vida de humillación y de abnegación, y por último tomó sobre Sí mismo los pecados de los hombres en una carga monumental. Así como la fábula de Atlas, que dice que llevaba al mundo sobre sus hombros, así Él tomó sobre Sí el pecado y la culpa y los cargó en Su propio cuerpo en el madero. En la cruz Jesús colgó como el sustituto por toda nuestra raza que creará en Él alguna vez, y en ese lugar y en ese momento, por su sufrimiento, quitó toda la trasgresión e iniquidad de los creyentes, de manera que ahora

podemos predicar a toda la humanidad, diciendo: “todo aquel que en él cree no se pierde, el que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna.”

Cuando van a una ciudad en el extranjero por primera vez y se quedan en un hotel, puede ser que se pierdan cuando salen, y no puedan regresar con la facilidad que quisieran; por consiguiente, es generalmente recomendable que los viajeros aprendan las principales calles de cada ciudad que visitan. En Roma llegamos a conocer el sentido en que corre la calle de Corso, y cuando tuvimos una idea de la ubicación de esta calle tan principal, poco a poco fuimos capaces de hallar nuestro camino a través de la ciudad. Ahora bien, la calle principal del Evangelio es la *sustitución*. “Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él.” La calle principal del Evangelio corre en forma de cruz; síganla, y, en poco tiempo, sabrán las entradas y salidas de las otras grandes calles. Esta es la Calle Principal de la Ciudad de la Gracia: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros.” Cristo tomó nuestro lugar, y sufrió para que nosotros no sufriéramos. Él “murió, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.”

Quien cree en Cristo es salvado del poder de condenación del pecado y librado de la ira venidera. Consideren este hecho en toda su anchura y su longitud, y nunca duden de él, y tendrán la llave del Evangelio. Digo pues, que, quien confía su alma al Señor Jesucristo, descansando en ese sacrificio que Él ofreció, y en esa muerte que Él soportó, es salvo. Que no lo dude. Está la palabra de Dios como base. Que lo crea y que se goce en ello. “El que cree en él no es condenado,” porque, “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en él tenga vida eterna.” Una confianza en el Señor Jesús, simple, como la de un niño, da al alma que está llena de confianza, salvación inmediata y completa.

Bien, esa es la calle principal de la ciudad. La pregunta es cómo entrar en ella; yo deseo de todo corazón, y espero devotamente, ser el medio de conducir a algunos hombres allí, con la ayuda de Dios. Que el Espíritu Santo de testimonio de la verdad, y la convierta en poder de Dios para salvación. Nuestro texto dice: “Ten confianza. Levántate, Él te llama.”

Nuestro primer punto es que *algunos que buscan a Cristo necesitan gran consuelo*. En segundo lugar, *su mejor consuelo está en el hecho que Jesús los llama*. Pero, en tercer lugar, *si aceptan el consuelo de esa llamada, los anima a una acción inmediata*: “Levántate.” “Ten confianza. Él te llama.”

I. Primero, pues, MUCHAS PERSONAS QUE REALMENTE BUSCAN AL SALVADOR NECESITAN GRAN CONSUELO.

Sé que hay aquí esta noche muchas de esas personas. Ustedes anhelan la vida eterna. Dios ha implantado en ustedes un deseo de ser reconciliados con Él; pero necesitan ser animados, porque *ustedes se afanan bajo una especie de temor indefinido que estas cosas buenas no son para ustedes*. En parte su conciencia de ustedes, en parte su falta de fe, y en parte Satanás, estos tres se han juntado para arrojar una niebla sobre ustedes, y ustedes realmente piensan que no pueden ser perdonados.

Ustedes no lo pondrían exactamente en esos términos, pero así es el rumbo de sus pensamientos. Tienen ustedes una vaga idea de que hay muchas buenas personas santas que serán salvas, y, ciertamente, que

hay algunos grandes trasgresores que serán salvos; pero no piensan que *ustedes* puedan serlo. ¡Oh, que yo pudiera destruir ese incrédulo pensamiento! Hay salvación, hay misericordia, hay perdón, y es gratuito para cada alma que quiera venir y tomarlos. Es sin ningún costo como el aire que respiran, o como el agua saltarina de esa fuente. “El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente.”

Ustedes están equivocados en todas esas reflexiones sombrías. Ustedes escriben cosas amargas contra ustedes mismos, pero Dios no las ha escrito. Qué pasaría si cobraran ánimo y tuvieran una esperanza: “Tal vez pueda yo encontrar vida eterna esta noche. Tal vez pueda salir esta noche de esta casa liberado de la carga de mi pecado.” Sería un buen comienzo si tuvieras una esperanza así, pero podrías ir mucho más lejos con gran confianza.

Puede ser que *estás abatido porque piensas que has estado buscando en vano*. Tú, joven, comenzaste a orar hace unos cuantos meses, y me da gusto oírlo. Pero todavía no has obtenido la paz. No dejes de orar. Sé que estás desanimado, pero no dejes de buscar. Yo mismo fui durante muchos meses un serio buscador de Dios por medio de la oración. Pensaba que por la oración importuna debía encontrar perdón. No entendía que Él había dicho: “Cree en el Señor Jesús y serás salvo.” Así que me puse a trabajar orando. Sin embargo, estoy agradecido que no cesé de orar, aunque a menudo parecía que desperdiciaba mis palabras y gastaba mis lágrimas en vano.

No te desalientes. Este ciego no fue escuchado al principio, aunque gritaba con fuerza. Tuvo que gritar por su vista repetidas veces, aumentando su vehemencia cada vez. No te dejes llevar por la desesperación. Puede haber retrasos, pero nunca habrá una negativa para aquellos que claman verdaderamente. Ten consuelo. Continúa, querido corazón, continúa, y vas a encontrar la paz y el consuelo.

Tal vez, también, están tristes *porque hay muchos alrededor de ustedes que los desaniman*. Les dicen que no hay nada en la religión. ¿Cómo podrían saberlo? El suyo es un extraño apasionamiento. Hay muchos individuos en el mundo que son considerados honestos en los negocios: ustedes les aceptarían sus firmas, confiarían en su palabra en relación a las cosas que venden, y sin embargo cuando esas buenas personas comienzan a decir que están conscientes de una vida nueva dentro de ellos, que han descubierto que Dios es real y espiritual, y que han recibido un Espíritu que habita dentro de ellos, o que tienen comunión con Dios, al instante mucha gente dice que eso no es verdad, de hecho llamándolos mentirosos. ¿Y por qué no es cierto? ¿En qué se basan para desacreditarlos? Simplemente porque esa gente que mencionamos, dice que ellos nunca han sentido algo así. Pero si hubiera un mundo lleno de gente ciega, y entre ellos unas cuantas personas bendecidas con la vista, cuyos ojos hubieran sido abiertos, si estos comenzaran a hablar de la luz del sol y del color, todos los ciegos podrían decir, “Eso no es verdad.” ¿Por qué? “Porque *nosotros* nunca hemos visto la luz del sol o el color.” ¿Acaso eso prueba que no es verdad? Aunque *ustedes* no posean la facultad de la visión, otros sí la tienen.

Si esos hombres son honestos en otras cosas tienen tanto derecho de ser creídos en este asunto como en los demás. Afirmamos solemnemente que hay algo real en la religión. No es solamente un credo, es una vida. Los regenerados pertenecen a una nueva creación. Si algún hombre está

en Cristo, él es una nueva criatura con nuevas facultades y nuevos poderes, de manera que es introducido en un mundo completamente nuevo. Entonces no les crean a aquellos que les dicen que no hay nada en ello, porque ellos no saben y por consiguiente no son testigos aceptables. No pueden atestiguar nada sino solamente el hecho de que no participan del secreto.

El hombre llevado a juicio por un asesinato y contra quien se presentaron seis testigos dijo que no debía ser condenado, porque él podría traer sesenta testigos que vieron que no lo hizo. Por supuesto que podía. Y de esa manera podríamos traer sesenta mil personas que dijeran que no hay vida espiritual porque *ellos* nunca la han sentido. ¿Qué prueba eso? Solamente prueba que ellos no saben nada de eso. Pero si traen a unos cuantos (aunque sólo sean unos cuantos) hombres rectos, honestos, de mente sencilla a quienes ustedes les creerían en otras cosas, ustedes están obligados a aceptar su testimonio acerca de esto.

Hay algo real en la fe en Jesús. Hay una paz que sobrepasa todo conocimiento y que es obtenida por medio del perdón del pecado. Hay un nuevo nacimiento, y nosotros lo hemos sentido. Hay una nueva vida, y nosotros la disfrutamos. Hay una alegría que salta por encima de los estrechos límites terrenales: hay un descanso del corazón similar al descanso que gozan los benditos que están en el cielo, y puede ser gozado aquí y ahora. Miles de nosotros somos testigos de que así es.

Entonces no se desalienten, pues no les estamos contando viejas fábulas, sino la propia verdad que nosotros mismos hemos gustado y probado. Ustedes que están buscando la vida eterna no necesitan ser desconcertados por los escépticos. Nosotros somos hombres sinceros, y les estamos diciendo lo que hemos probado por nosotros mismos. Ustedes encontrarán que es tal como Dios lo declara.

Tal vez una razón por la que ustedes no han obtenido consuelo es, *porque todavía no conocen todo el evangelio*. Las buenas noticias contadas a medias a menudo pueden parecer malas noticias. He leído que, en los días de las señales por semáforo, llegó a Inglaterra un mensaje, un mensaje concerniente al Duque de Wellington, y se leyó la mitad de ese mensaje según aparecía en el semáforo, que asombró a toda Inglaterra con la triste noticia. Decía así: "Wellington derrotado." Todos se afligieron cuando lo leyeron, pero sucedió que no habían visto todo el mensaje. Había intervenido la niebla, y cuando poco a poco se aclaró el aire y el telégrafo volvió a emitir su señal por segunda vez, se recibió así: "Wellington ha derrotado *a los franceses*," que es algo completamente diferente, totalmente lo contrario de lo que la mitad del primer mensaje había llevado a temer.

Así cuando ustedes oyen la mitad del evangelio puede parecer que los condena; pero solamente tienen que oír la otra mitad para descubrir sus alentadoras nuevas. Yo diría, sean diligentes oyendo el evangelio. Sean diligentes escudriñando en el libro sagrado que Dios nos ha dado. Y cuando conozcan la verdad más plenamente, encontrarán que la fe viene a ustedes por oír y entender la palabra de Dios. Dejen a esos ministros que predicán sólo una porción del evangelio, y traten de conocer todo el mensaje de amor, y por la enseñanza del Espíritu Santo, pronto perderán sus temores.

¿No piensan ustedes que algunas personas que buscan no encuentran el consuelo porque *se olvidan que Jesucristo está vivo*? El Cristo de la

iglesia de Roma siempre es visto en una de dos posiciones: o como un bebé en los brazos de su madre, o muerto. Ese, es el Cristo de Roma, pero nuestro Cristo está vivo. Jesús “una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere.” En Turín se me pidió que, junto con otros, solicitara ver el sudario con el que se sepultó al Salvador. Debo confesar que no tenía la suficiente fe para creer en el sudario, ni tenía la suficiente curiosidad para querer ver el lienzo ficticio. Para mí era un objeto sin valor, aun si supiera que era genuino. Nuestro Señor ha dejado su sudario y sepulcro y vive en el cielo. Esta noche vive de tal manera que un suspiro de ustedes lo alcanzará, una lágrima lo encontrará, un deseo del corazón lo traerá hacia ustedes. Tan solo búsquenlo como un Salvador que vive y que los ama y pongan su confianza en Él que se levantó de entre los muertos para ya nunca morir, y el consuelo vendrá a su espíritu. Yo confío que así será.

Tal vez, también, *ustedes tienen la idea que la conversión es algo terrible*. Una joven se me acercó el otro día, después del servicio, para preguntarme si realmente era cierto lo que había dicho cuando expuse que el que creía en Jesucristo era salvo en ese instante. “Sí,” le dije; y le di la cita de las escrituras para eso. “Oh,” me dijo, “mi abuelo me contó que cuando encontró la religión le tomó seis meses, y que casi lo tuvieron que poner en un asilo de locos. Estaba en un estado de ánimo espantoso.” “Bien, bien,” respondí, “eso sucede algunas veces. Pero su angustia no lo salvó. Eso era simplemente su conciencia y Satanás que se unieron para mantenerlo lejos de Cristo. Cuando fue salvo no fue por sus profundos sentimientos; fue por creer en Jesucristo.” Luego procedí a presentarle a Cristo como nuestra única base de esperanza en oposición a los sentimientos internos. “Ya veo,” dijo ella; y me gocé al observar la luz brillante que pasó sobre su rostro, un relámpago de luz celestial que con frecuencia he visto en el rostro de quienes han creído en Jesucristo, cuando la paz inunda su alma hasta el borde, e ilumina el semblante con una transfiguración menor.

Así es. Tienes solamente que confiar en Cristo y está hecho: pero tienes miedo. ¿No han oído hablar alguna vez del hombre que perdió su camino una noche, y llegó al borde de un precipicio (así lo creyó él) y se cayó, y se agarró de un viejo árbol, colgándose de él, aferrándose a su frágil apoyo con toda su fuerza, pues sentía que se haría pedazos si se caía? Ahí estuvo colgando hasta que cayó en un estado de febril desesperación, y ya no pudieron sostenerlo sus manos; por fin cayó, *unos cuantos centímetros nada más*, en una suave cama de musgos, en la que descansó, sin ninguna herida y completamente a salvo. Ahora bien, hay muchos que piensan que los espera una destrucción segura si confiesan su pecado y ponen todo en las manos de Dios. Es un temor vano. Renuncien a todo sostén que no sea Cristo, y déjense caer. Será suave y musgoso el terreno que los reciba. Jesucristo, por su amor y por la eficacia de su preciosa sangre, te dará de inmediato descanso y paz. Déjense caer ahora. Suéltense de inmediato: esta es la mayor parte de la fe: el renunciar a cualquier otro apoyo para caer únicamente en Cristo. Esa caída les traerá la salvación.

II. Ahora, en segundo lugar, el más grande consuelo que puedo concebir es el que es transmitido en el texto. Es este: “TEN CONFIANZA, LEVÁNTATE, ÉL TE LLAMA,” una buena palabra para el ciego, porque él sabía que Jesús no lo estaba llamando para burlarse de él, y que Él no

dijo, “ven aquí” para simplemente decirle: “tus ojos no pueden ser abiertos.” Jesús no lo llamó para jugar con él y luego despedirlo desilusionado. Los llamados de Cristo son llamados honestos, y garantizan bendición para aquellos que los aceptan.

Ahora, queridos amigos, hay dos llamados mencionados en la Escritura. El primero es el *llamado general* del Evangelio, y el otro es *el llamado eficaz*, el llamado personal, por el que los hombres son salvos.

El llamado general universal debería traer un gran consuelo a cualquier alma que busque a Dios. En la palabra de Dios, *tú*, querido oyente, eres llamado para venir a Cristo, *sí, tú*. ¿Por qué lo sé? Porque cuando Jesús dio la comisión a sus discípulos dijo, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” Eres una criatura, ¿no es cierto? Bien, entonces debes ser incluido en ese grupo. Debemos predicarte el evangelio *a ti*. Y entonces, otra vez, “Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.” Tú eres pecador, ¿no es cierto? ¿No lo admites? Sí, muy bien, entonces de acuerdo al texto, esa frase fiel debe dirigirse a ti. Y tú, querido amigo que buscas, sientes una carga sobre tu alma, ¿no es cierto? Estás trabajando duro para obtener la salvación. Por consiguiente, la llamada del Evangelio debe dirigirse a ti. “Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” Ciertamente hay otros muchos llamados así, pero hay otro que debe incluirte: “El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente.” ¿Quieres venir? Entonces sin duda eres llamado para venir a Cristo. ¿No debería consolarte ese hecho? Porque, como ya te he dicho, no te llama para burlarse de ti, ni te está invitando a venir sin tener la intención de bendecirte. Oh, escucha su llamado sincero, y llénate de valor y ven a Él. Nadie tiene problemas de ir allí donde hay una invitación general. Si alguien cruzó alguna vez el Monte San Bernardo, sabrá que no se necesita que lo presionen mucho para entrar al albergue y pasar allí la noche. Cuando salen y te dicen que todo mundo es bienvenido, rico o pobre, y que casi todos los viajeros pasan allí la noche, te decides a entrar. El otro día fui al hospital de la Santa Cruz, cerca de Winchester, que algunos de ustedes conocen. Allí le regalan un pedazo de pan a todo el que toca a la puerta. Toqué, sin ninguna pena. ¿Porqué no habría de hacerlo? Si a todos les dan una pieza de pan, ¿porqué no habría yo de recibir la mía? Y así, naturalmente, se abrió la ventanilla, y recibí mi trocito de pan junto con los amigos que me acompañaban. Es un regalo que se le da a cualquiera que los visita. No me tuve que humillar ni hacer nada especial; era para todos, y yo llegué y lo recibí como cualquier persona dispuesta a tocar.

Ahora pues, si se debe predicar el evangelio a toda criatura, ¿por qué andas dando vueltas cuando quieres el pan de la vida? ¿Por qué pierdes tu tiempo haciendo pregunta tras pregunta cuando todo lo que tienes que hacer es tomar lo que Cristo te da gratuitamente? Yo garantizo que ustedes no se plantean toda esa problemática en asuntos de dinero. Si reciben una herencia de un bien raíz, no emplean a un abogado para que busque fallas en el título de propiedad, o invente objeciones al testamento. ¿Por qué, pues, los hombres plantean dificultades en contra su propia salvación, en lugar de aceptar alegremente lo que la infinita misericordia de Dios proporciona tan libremente para todos los que con corazones quebrantados y mentes deseosas están listos para tomar lo que Dios el siempre bondadoso tiene a bien dar.

La invitación es muy grande, y se debe hacer notar algo en relación a ella. *Nunca nadie ha sido rechazado todavía.* Hay una institución muy conocida en Londres que ostenta en la fachada de su edificio: “Ningún muchacho pobre ha sido rechazado.” Podemos muy bien poner esto sobre la gran casa de misericordia de Cristo: “Ninguna alma necesitada ha sido rechazada alguna vez.” Me puedo imaginar a dos muchachos parados enfrente de la institución del Doctor Barnardo, y que uno le dice al otro, “¿Podemos *nosotros* entrar aquí?” “Sí,” dice el otro, “Pienso que si podemos. ¿Acaso no somos pobres? Mira, mi ropa ya no sirve, y no tengo un centavo en el mundo, y soy huérfano. Dormí bajo un arco anoche. Soy un muchacho muy pobre sin lugar a dudas.” Sólo puedo suponer que el otro podría decir con jactancia, “No soy indigente, yo no. Puedo ganar mi sustento en cualquier día, y tengo dinero en mi bolsillo.” Ahora bien, ese joven no tiene motivos para ser admitido, porque no es indigente. Pero el otro muchacho que tiene hambre y su ropa está hecha harapos y está sin hogar será bienvenido con toda certeza. Cuando lee esas líneas, “Ningún muchacho pobre ha sido rechazado,” dice, “entonces hay esperanza para mí.” Ahora, entonces, alma necesitada, Jesucristo nunca ha rechazado a alguien como tú. Si tú tienes una bodega de méritos propios, si tú crees que puedes ser salvo por tus buenas obras, no perteneces a la categoría de “necesitado.” “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos.” Pero si se te despoja de toda tu vanagloria, si eres llevado a la quiebra en cuanto a tu méritos personales, si has caído en la pobreza absoluta en cuanto a alguna esperanza en ti mismo, entonces, como jamás ha sido rechazada ninguna alma necesitada, ni lo será, ¡ven a Jesús de inmediato! ¡Ven de inmediato, digo! “Ten confianza. Levántate, Él te llama.”

Pero, queridos amigos, dije que había otro *llamado eficaz*. Ese llamado el Espíritu Santo lo dirige a individuos, y cuando viene, no es resistido, o si es resistido por algún tiempo, al fin se rinden, de manera que el hombre es obligado a venir. Oh, Espíritu santo, haz ese llamado esta noche.

Había dos hermanos pescando, y Jesús les dijo, “Siganme.” Abandonaron sus redes y lo siguieron. Mateo estaba sentado al banco de los tributos públicos, cobrando los impuestos, con su pluma tras la oreja y sus libros de contabilidad frente a él. Jesús le dijo, “Sígueme.” Mateo se levantó, y lo siguió inmediatamente. Ese hombrecito, el cobrador de impuestos, se había trepado a un árbol, porque siendo de pequeña estatura, no podía ver por encima de las cabezas de la multitud. Cuando veía hacia abajo entre las ramas frondosas, el Señor se detuvo al pie del árbol, y le dijo, “Zaqueo, date prisa, desciende; porque hoy es necesario que me quede en tu casa.” Y Zaqueo bajó. ¿Qué otra cosa podía hacer? El Espíritu de Dios había hecho el llamado eficaz, y Cristo estaba en la casa de ese hombre poco tiempo después, y el hombre dio abundante evidencia de un cambio en su corazón. Oh, quiera el Espíritu eterno hablar de esa manera a algunos aquí presentes, para que se rindan de inmediato y sigan a Jesucristo.

Ese llamado, dondequiera que venga, *derrama una dulce suavidad sobre el alma*. El hombre no lo puede comprender, pero se siente muy diferente de como se sentía antes. La dureza de hierro de su cuello se ha ido. La piedra fría dentro de su pecho se ha derretido en carne. Ahora escucha el Evangelio que alguna vez despreció. Al escuchar, piensa, y es una gran cosa conseguir que un hombre piense acerca de sí mismo, de su

Dios, la eternidad, el cielo, el infierno, el Redentor. Conforme piensa, ve su vida bajo una luz diferente. Percibe que ha habido pecado en ella, mucho más pecado del que pensó que podría haber allí; y, conforme ve su pecado, se lamenta por su causa. Casi quisiera no haber nacido nunca para no haber transgredido como lo ha hecho. Su corazón se suaviza bajo la influencia de la ley de Dios. Hace a un lado su orgullosa arrogancia, y confiesa que está lleno de trasgresión y pecado. Junto con estas reflexiones y con el arrepentimiento viene una pequeña esperanza: percibe que hay una salvación que vale la pena tener, y se pregunta por qué no podría tenerla. Luego viene la fe: percibe que Jesús es el Hijo de Dios, y se dice a sí mismo, "Si es divino me puede salvar aun a mí." Confía, y al confiar, la oscuridad que lo envolvía comienza a desaparecer. Obtiene una pequeña luz, y luego un poco más de luz, y por último exclama, "Ciertamente creo que Jesús murió por mí. Pongo mi alma en sus manos traspasadas. Soy perdonado, soy salvo." Ese hombre ha sido llamado por el bendito Espíritu.

Es muy extraño, también, cómo llama Dios a algunos hombres. He sabido que ocurre muchas veces en este Tabernáculo. He estado predicando y he hecho una observación que se ha ajustado al caso de alguien tan bien como si yo hubiera sido el compañero de ese hombre y lo conociera muy bien. ¿Cómo ha sido eso? Les diré. Dios había estado trabajando en ese hombre, y llevó a su siervo para trabajar hacia el mismo punto. El Señor había estado trabajando por su providencia haciendo un túnel a un lado de la montaña de la indiferencia de ese hombre, y luego me puso a trabajar al otro lado guiándome en mis pensamientos de manera que pude predicar el Evangelio de una manera adecuada.

De la misma manera como cuando hicieron el túnel del Monte Ceniz, un grupo de ingenieros perforaban de un lado y otro grupo del otro lado, y luego se encontraron en el corazón del gran monte. Una madre piadosa ha estado perforando la montaña por medio de sus súplicas, o un dedicado maestro cristiano, o una esposa o hermana han estado haciendo ese mismo trabajo. O tal vez la enfermedad, como la barra de diamante que perfora, ha estado atravesando a ese hombre, y por último en este lugar la palabra del Señor ha dado los golpes acertados, de manera que el túnel a través del alma ha sido terminado, y el resultado ha sido la salvación eterna.

Tal vez algunas palabras dichas esta noche no han sido palabras al azar para algunos de ustedes aquí presentes, sino las propias palabras de Dios enviadas directamente al alma de ustedes. Que Dios nos conceda que así sea, y Él tendrá la alabanza. Oh, eterno Espíritu, que así sea.

III. Ahora, para no cansarlos, voy a terminar con el tercer punto, el cual es que **EL CONSUELO QUE VIENE COMO RESULTADO DE NUESTRO LLAMADO DEBE CONDUCIR A UNA ACCIÓN INMEDIATA.** "Ten confianza. Levántate, Él te llama."

Esa exhortación a levantarse significa *una decisión* instantánea. Han estado dudando y colgando como los platillos de una balanza, temblando entre el cielo y el infierno. ¿Cuál de los dos será? Que el Espíritu Santo los llame de modo que sea Cristo, la salvación, la vida eterna. No lamento cuando alguien se enfurece al escuchar un sermón. Lo peor que puede pasarme esta noche es que todos ustedes estén satisfechos. Pero cuando algunas personas se enojan mucho entonces se ponen a pensar, y al pensar sienten, y al sentir pueden volverse hacia Dios. A pesar de su

enojo volverán otra vez. El anzuelo está en las mandíbulas de ese hombre. Tendremos ese pez. Dejemos que jale el cordel más y más, de todos modos lo sujetará. Dejémoslo que juegue. Lo tendremos muy pronto de regreso otra vez. ¡Tengamos lista la red para traerlo a tierra! No hay nada mejor para algunos hombres que excitar su antagonismo contra el Evangelio por un tiempo. La verdad les ha llegado al corazón. Está trabajando en ellos, y confiamos que muy pronto el bendito trabajo será completado y el alma será salva. Este es nuestro objetivo.

“Levántate,” dice el texto. Es decir, no permitas que permanezca como una pregunta, “¿será? o “¿no será?” sino decídete esta noche: “Sí será. Por la gracia de Dios seré un cristiano. Por la gracia de Dios, si puedo tener salvación, la tendré.” No les pido que lleguen a esa decisión por el simple hecho de tomar una decisión, que adopten cordialmente y luego olviden a la ligera, sino que pido la gracia de Dios para que los lleve a decir con todo su corazón: “sí será.” Ay, muchos de ustedes vienen y van: oyen y oyen, sin provecho; porque todo termina en oír y nunca se convierte en una decisión.

Demasiados de nuestros oyentes regulares aún permanecen inconversos, aunque algunos oyentes ocasionales han sido salvos. Cuando oprimen una goma, pueden deformarla, pero si la sueltan regresa a su forma anterior. Hay multitudes de oyentes de ese tipo: muy impresionables, pero rápidamente regresan a sus viejos gustos y hábitos. Pero encontramos otras personas que parecen ser tan duros como un pedernal. He observado a algunos que han estado sentados en el pasillo mordidiéndose los labios, que nunca han tenido la intención de creer en el Evangelio, y que sin embargo con un golpe del martillo del Señor sus corazones se han sacudido inmediatamente. La armadura de su resistencia y la malla del desafío se han roto por completo, y han resultado ser después los más sinceros y fervorosos de los cristianos conversos. Es una desafortunada condición de ser impresionable esa que termina en indecisión. Aquellos que muestran ese carácter elástico, pretenden ser rectos, pero se las arreglan para permanecer en la maldad. Intentan ir al cielo, pero, ay, ay, poca esperanza hay que alcancen la ciudad de los benditos. Las probabilidades están contra eso: han pasado tantos años dando largas y posponiendo que su indecisión se ha vuelto crónica, y los ata a sus pecados.

Después de las muchas estaciones en las que las bellas hojas han defraudado la esperanza de dulces frutos, nuestro desaliento es, así lo tememos, el heraldo de su desesperación. Parece haber tan poca probabilidad que alguna vez se decidan por Dios y por su Cristo que escasamente esperamos con mucho temblor. Quiera Dios que no sea así.

¡Oh queridos amigos! Les ruego que escuchen al texto: “Tengan confianza. Él los llama. Levántense.” Levántense a algo más que una decisión, levántense a una *resolución*. Todos ustedes han oído de la pobre mujer que no había logrado que le hiciera justicia el juez. Se lo pidió muchas veces, pero él no quería escucharla. Por último ella se decidió a presionarlo para que él le prestara atención; así que, se presentó en la corte el primer día, tan pronto como llegó el juez se levantó y dijo, “Señor...” “¿No te he dicho que no me molestes?” “Pero señor,” exclamó otra vez. “Te digo que te sientes.” Ella se sienta pero antes que se levante la sesión, dice, “¿No puedo tener una audiencia?” “No te puedo atender ahora, buena mujer.” Pero cuando el juez sale de la corte para irse a su casa, allí está ella de pie junto a la ventana del carruaje, diciéndole, “¿Cuándo

va a oír mi caso? Mis pobres niños se están muriendo de hambre.” Va a casa del juez y toca en horas inoportunas. “¿Quién es?” pregunta el juez; y le dicen, “es esa pobre mujer que quiere que se le atienda su caso.” Les ordena que la quiten de su puerta. Se va ella a su casa, triste pero firme, y a la mañana siguiente está en la corte otra vez. El injusto juez les había ordenado a sus ujieres que no la dejaran entrar, pero ella de alguna manera logró entrar, y lo primero que se escucha es esa voz aguda: “Señor, ¿me va a escuchar?” Hasta que por fin él se cansa, y dice, “Aunque no temo a Dios, ni me importa el hombre, sin embargo como me molesta esa mujer le haré justicia.” Y le hace justicia a ella.

Aunque el Dios justo no tiene parecido con un juez injusto, lo importuno de la viuda que prevaleció sobre las garras de ese ambiente tan poco promisorio, te puede impulsar a orar incesantemente. Importuna al gran Dios como Cristo aconseja y recomienda con esa historia tan descriptiva. Reflexiona así: “No puedo perecer. Debo perecer si no tengo la salvación; y por consiguiente la tendré. Moriré al pié de la cruz si así tiene que ser, pero la tendré.”

Hace algunos años tuve que dar una conferencia en el ayuntamiento de Glasgow. Llegué a la hora señalada para cumplir con mi compromiso, y el alcalde de Glasgow me acompañaba, pero resultó que el policía de la entrada nos dijo que no podía permitirnos la entrada porque no teníamos boletos, y él había recibido órdenes de no admitir a nadie sin boletos. Estábamos metidos en un problema. Entonces el señor alcalde le dijo, “Pero es que nos tiene que dejar entrar.” Le respondió el policía que no podía, que no importaba quienes fuéramos. Le respondí, “Él es el señor alcalde,” pero el policía nos dijo que él no sabía eso, ni le importaba quién era: él no podía dejarnos pasar contra las instrucciones que le habían dado. Él había recibido esas órdenes del inspector, de no dejar entrar a nadie, y que estaba seguro que ningún señor alcalde querría que él desobedeciera esas órdenes. Entonces el señor alcalde le dijo, “Pero él es el señor Spurgeon. Tiene que dar su conferencia.” “Lo siento. Tengo órdenes, y no entrará sin boleto.”

¿Qué creen que hicimos? ¿Acaso aceptamos “no” por respuesta? De ninguna manera. Estábamos determinados a entrar. Así que hablamos y negociamos y razonamos, pero nada, como buen policía, cumplía con su deber, y no aceptaba mandatos de nosotros que fueran contrarios a las órdenes dadas. Ahí nos detuvimos. Por último fue lo suficientemente condescendiente para dejarnos enviar nuestras tarjetas a su inspector, y de inmediato fuimos admitidos. Ahora bien, si hubiéramos aceptado el “No” por respuesta, y nos hubiéramos ido, al día de hoy tendría la fama de reunir a la gente y luego fallarle. No: sabía que tenía la autorización de entrar, y estaba decidido a entrar, y entré. Ustedes deben hacer lo mismo. Aunque el pecado te proscriba, y la ley te denuncie, y el oficial de la justicia pudiera rechazarte y decir, “No puedes entrar, ningún pecador pasa por este camino,” insiste en que eres una criatura y un pecador y que el Evangelio se envía a todas las criaturas, y especialmente invita a los pecadores, y que por consiguiente estás determinado a ir a la fiesta de la gracia, sin importar quién se oponga. Permanece firme en tu decisión de entrar, y tan cierto como que Dios es verdadero, si hay esta resolución y perseverancia en ti, entrarás al banquete del amor, heredarás la vida eterna, y te gozarás para siempre.

Pero, queridos amigos, si llegan a esa decisión y a esa determinación, hay una cosa más, y es esta: *arrojen lejos todo lo que les estorba para hallar la salvación*. El pobre ciego arrojó su manto. Ahora pues, si quieren ser salvos deben decidir en su alma, por la bendición del Espíritu Santo, renunciar de inmediato a cada pecado y cada hábito que les impide hallar a Cristo. No hay placer que valga la pena conservar si es al precio de sus almas. No hay pecado que valga la pena conservar por ningún motivo; dejen ir todos sus viejos placeres y hábitos; dejen que todos se vayan, y entréguese a Jesucristo. Cómo quisiera que muchos, ésta noche, pudieran decidirse a decir, “Hay salvación en mí por creer. Creo que la palabra de Dios es verdadera, y tomo a Cristo por mío.” Entréguese completamente a Cristo. No a medias, sin titubeos ni detenerse ahora.

Ustedes saben lo que Cortés hizo cuando llegó a México, y se disponía a conquistarlo. Los soldados que estaban con él eran pocos y estaban desmoralizados. Eran muchos los mexicanos, y la empresa peligrosa. Los soldados hubieran querido regresar a España, pero Cortés llamó a dos o tres héroes escogidos, y con ellos se fue a la orilla del mar y destruyó todos sus barcos; y, “ahora,” dijo, “debemos conquistar o morir. No podemos regresar.” Quemén sus naves; desháganse de sus pensamientos de regresar; abandonen el pecado y aborrezcanlo. Dios les ayuda a hacerlo, porque este es su Evangelio: “Por tanto, arrepentíos y convertíos.” Denle la espalda al pecado y crean en Jesucristo, y quemén las naves, y que ésta sea su resolución: ya no habrá más regreso al pecado.

Así les he dicho lo que debe hacerse, pero sólo Dios puede hacer que ustedes lo hagan. Podemos conducir un caballo a la fuente, pero no podemos hacer que beba; podemos colocar el plan de la salvación ante los hombres, pero no podemos inducirlos a aceptarlo, excepto solamente que, en respuesta a la oración, el Espíritu eterno mueva a las almas de los hombres. Se mueve sobre ustedes ahora. Estamos conscientes que se está incubando en ustedes en esta hora. No lo resistan. Entréguese completamente a sus advertencias. Así como los juncos en el arroyo inclinan sus cabezas a la brisa que pasa, así inclínense ante los movimientos del Espíritu eternamente bendito. Que Él los ayude a hacerlo Cristo. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermón #1389 – Volumen 23
A Gospel Sermon to Outsiders